

La pobreza de la sociología de la desviación*

Alexander Liazos

Hay tres sesgos teóricos e ideológicos en el campo de la sociología de la desviación. 1) A pesar del intento de mostrar que el desviado no es diferente del resto de nosotros, el énfasis puesto en su identidad y subcultura puede anular ese objetivo. 2) Ciertas formas de desviación, especialmente las de las elites económica y política, se han descuidado. 3) El análisis substantivo de los sociólogos de la desviación no repara en la exploración del rol del poder en la designación de la “desviación”, a pesar de que hay muchos argumentos en su favor.

Charles Wright Mills dejó un rico legado a la sociología. Una de sus primeras y mejores contribuciones fue “La ideología profesional de los Patólogos Sociales” (1943). En él, Mills argumenta que los escritores de clase media, provenientes de pueblos pequeños, no tematizan en sus libros los problemas bá-

sicos de la estructura social y del poder y hacen énfasis en soluciones parciales a los problemas de los pueblos americanos; cualquier otra cosa era considerada patología y desorganización. Más aún, estos “problemas”, “desde la violencia en áreas rurales hasta el alojamiento público”, no fueron explorados en forma sistemática y teórica; no fueron colocados en un contexto político, histórico y social más amplio. Fueron solamente mencionados y desacreditados¹.

Desde que Mills escribió su trabajo, sin embargo, el campo de los problemas sociales, de la desorganización social y de la patología social, ha sufrido considerables cambios. Comenzando a fines de 1940 y 1950 y culminando en 1960, el campo de la desviación ha remodelado en buena medida el enfoque teórico acerca de los problemas sociales. Este nuevo campo se caracteriza por un

* Este ensayo apareció originariamente en inglés en *Social Problems* V. 1.20. N° 1. Traducción al castellano de Gabriela Seghezzeo y Florencia Malcolm.

¹ Bend y Vogenfager (1964) que examinaron trabajos sobre problemas sociales escritos a principio de 1960, encontraron que había poca teoría o énfasis en la estructura social.

número de aspectos que los distingue del enfoque anterior².

En primer lugar, existe algún tipo de marco teórico, aunque frecuentemente está ausente en las publicaciones (el trabajo publicado por Rubrington y Weinberg (1968) es una excepción fuera de lo común). En segundo lugar, la moralidad de los pequeños pueblos ha desaparecido. Los escritores dicen que van a examinar los fenómenos que están a su alcance —la prostitución, la delincuencia juvenil, las enfermedades mentales, el crimen y otros—, objetivamente, sin considerarlos necesariamente dañinos o inmorales. En tercer lugar, las pronunciaciones teóricas del campo se basan en una investigación más amplia, detallada y orientada teóricamente que las de los estudiantes de 1920 y 1930. En cuarto lugar, los teóricos tratan de encajar sus teorías en otras teorías centrales, asuntos y problemas, encontrados en el campo general de la sociología; tratan de trascender la simple moralización.

El desviado ha sido humanizado; no está presente el tono moralista (aunque todavía esconden el repudio explícito) y se han desarrollado perspectivas teóricas. Sin embargo, no todo está bien en el campo de la “desviación”. Una mirada más profunda revela que los teóricos de este campo no tratan todavía de relacionar el fenómeno de la “desviación” a contextos sociales, históricos, políticos y económicos más amplios. El énfasis aún está puesto en el “desviado” y en los problemas que éste presenta para él mismo, y para los demás, y no en la sociedad de la cual surgió y en la que vive.

Para determinar el estado de este campo, examiné dieciséis publicaciones en el campo

de la desviación. Teóricamente, ocho toman la posición del etiquetamiento interaccionista; tres tienden a acercarse a esta línea; cuatro argumentan según otras orientaciones (anomia, estructural-funcionalismo, etc.) o, entre los lectores, presentan una aproximación ecléctica; y uno (McCagley *et al.*, 1968) es una colección de declaraciones biográficas y otras declaraciones de los propios desviados y no se puede decir que tenga un enfoque teórico (aunque, como veremos, la selección de los tipos de declaraciones y de los “desviados” aún implica una orientación y un punto de vista). Un cuidadoso examen de estos trabajos reveló la existencia de una serie de prejuicios o sesgos ideológicos. Estos prejuicios se hicieron más evidentes no tanto en lo que dicen y examinan sino a partir de lo que estos trabajos dejan sin decir ni examinar. El campo de la sociología de la desviación contiene tres importantes tendencias o sesgos teóricos y políticos:

- 1- Todos los autores, especialmente aquellos de la escuela del etiquetamiento, reconocen explícita o implícitamente, que uno de sus principales intereses es *humanizar y normalizar* al “desviado” para mostrar que él no es diferente a nosotros. Pero por el mismo énfasis en el “desviado” y sus problemas de identidad y subcultura, puede que se haya llegado al efecto opuesto. La persistencia del uso de la etiqueta de “desviado” para referirse a la gente que estamos estudiando es una indicación del sentimiento de que esta gente es en verdad diferente.
- 2- Por el agobiador énfasis en la “dramática” naturaleza de los tipos usuales de “desviación” (prostitución, homosexualidad, delincuencia juvenil, y otros) hemos dejado de exa-

² Lo que digo a continuación se aplica a la escuela “interaccionista de etiquetamiento” de la desviación de Becker, Erikson, Matza y otros. Sin embar-

go, la mayoría de mis comentarios también se aplican a las otras escuelas.

minar otras formas de desviación más serias y dañinas. Me refiero a la *violencia institucional encubierta*, que conduce a hechos como la pobreza y la explotación, la guerra de Vietnam, leyes de impuesto injustas, el racismo y el sexismo, y otras, que causan sufrimiento físico y material a muchos americanos, blancos y negros, hombres y mujeres.

I

Siempre implícito y algunas veces explícito, está presente el objetivo de la escuela del etiquetamiento de humanizar y normalizar al “desviado”. Dos planteos de Becker y Matza ilustran lo dicho: *“En el curso de nuestro trabajo, y quien sabe por qué razones personales, se nos despierta una profunda simpatía por las personas que estamos estudiando, tal que mientras el resto de la sociedad las considera inadecuadas en uno u otro aspecto por la deferencia acordada normalmente a un ciudadano común, creemos que son por lo menos igual a los demás, más víctimas que victimarios.”* (Becker, 1967: 100-101).

“El desarrollo de la perspectiva sociológica de los fenómenos de desviación comprendió, como fases principales, el reemplazo de una instancia correccional por una apreciación del sujeto desviado, la purga tácita de una concepción de patología por un nuevo énfasis en la diversidad humana, y la erosión de una simple distinción entre fenómenos desviados y convencionales, resultado de la familiaridad íntima del mundo tal cual es, que dio lugar a una visión refinada subrayando su complejidad.” (Matza, 1969: 10)

No obstante, por numerosas razones, se ha obtenido el efecto opuesto y los “desvia-

3- En sus análisis centrales, a pesar de los planteos explícitos de estos autores acerca de la importancia del *poder* en la designación de lo que es “desviado”, ellos muestran un profundo desinterés por el poder y sus implicaciones. Los realmente poderosos, las clases altas y la élite del poder, aquellos que Gouldner (1968) llama “los perros del tope” (*the “dog top”*), no son examinados por estos sociólogos de la desviación.

dos” todavía parecen diferentes. Comencé a sospechar de este efecto contrario a partir de la lectura de ensayos y trabajos sobre la desviación. El ejemplo más claro se refiere al uso repetido de la palabra “tolerancia”. Los estudiantes decían que no se debe perseguir a los homosexuales, prostitutas, pacientes mentales, y otros, que se debe ser “tolerantes” con ellos. Pero uno tolera sólo a aquellos que son considerados distintos a nosotros, moralmente inferiores y débiles; aquellos iguales a nosotros, uno los acepta y respeta; uno no les permitimos simplemente que existan, no los “toleramos”.

La repetida frase de que los “desviados” son “por lo menos tan buenos como cualquier otra persona”, puede acarrear dudas de si este es realmente el caso, o si lo creemos. Una mujer joven que creció en el sur en los '40-50, le dijo a Quinn (1954): “Sabes, pienso que por el hecho de que muchas veces me han dicho que debo tratar con consideración a la gente de color, tengo la sensación de que podría maltratarlos si quisiera”. Lo mismo con los “desviados”; si de hecho son tan buenos como nosotros, no necesitaríamos recordar a todo el mundo este hecho; lo daríamos por sentado y procederíamos de acuerdo a ello. Pero nuestras reafirmaciones de que los

“desviados” no son diferentes a nosotros podrían acrecentar las dudas que queríamos disipar. Aún más, ¿por qué crearíamos un campo aparte de sociología para los “desviados” si no hubiera algo diferente en ellos? ¿Puede ser que aún nosotros que no creamos en nuestras argumentaciones y propuestas?.

El continuado uso de la palabra “desviación” (y sus variantes) a pesar de sus odiosas distinciones y connotaciones, también hace engañoso los planteos explícitos sobre la igualdad de la gente que estamos considerando. Es más, algunos de los autores se sienten incómodos con el término. Por ejemplo, se nos dice:

“En nuestro uso del término en la investigación sociológica, enfatizamos que no le damos juicio de valor, explícito o implícito, a la palabra “desviación” o a aquellos que describen su conducta o creencia en este libro.” (McCaghy, et al., 1968)

Lofland (1969) expresa incluso fuertes reservas acerca del uso del término, y ve claramente los problemas sociales, éticos y políticos que surgen de su uso continuo. Sin embargo, el título de su libro es *Desviación e Identidad*.

Szasz (1970), ha hecho un llamado a que abandonemos el uso del término:

“Las palabras tienen vida propia. A pesar de que muchos sociólogos insisten que el término ‘desviado’ no disminuye el valor de la persona o del grupo así categorizado, la implicación de inferioridad se adhiere a la palabra. En efecto, los sociólogos no están totalmente libres de culpa; describen a los adictos y a los homosexuales como desviados pero nunca a los campeones olímpicos o a los ganadores del Premio Nobel. De hecho, el término rara vez se aplica a personas con características admirables como riqueza, habilidades superiores, o fama, mientras que se aplica frecuentemente a

aquellos con características despreciables como pobreza, falta de habilidades de mercado o infamia”.

“El término ‘desviados sociales’ (...) no hace suficientemente explícito –como lo hacen los términos ‘chivo expiatorio’ o ‘víctima’– que las mayorías generalmente categorizan personas o grupos como ‘desviados’ para colocarlos aparte como seres inferiores y para justificar su control social, opresión, persecución o incluso destrucción total.”

Los términos como victimización, persecución y opresión, son descripciones más precisas de lo que verdaderamente está sucediendo. Pero incluso Gouldner (1968) en su crítica magistral a la escuela del etiquetamiento, cuando describe el conflicto social, llama “desviados” políticos a los que protestan contra la guerra y a favor de los derechos civiles. Señala que estos contestatarios resisten abiertamente a condiciones que detestan. Gouldner está discutiendo las luchas políticas; la opresión y la resistencia a la opresión; el conflicto sobre los valores, la moral, los intereses y el poder; y la victimización. Llamar a esos contestatarios “desviados”, incluso si son desviados *políticos*, es un indicador de la profunda penetración de ciertos prejuicios y orientaciones en nuestras mentes.

Dado el uso del término, la definición y los ejemplos de “desviado” revelan sentimientos y puntos de vista subyacentes. Por lo tanto, es importante que redefinamos drásticamente todo el campo, especialmente dado que es un campo que se está desarrollando: “Porque los jóvenes sociólogos han encontrado que la desviación es un campo tan fértil y excitante para su propio trabajo y porque los estudiantes comparten estos sentimientos, la desviación promete convertirse en un área aún más importante de investiga-

ción y teoría sociológica en los próximos años” (Douglas, 1970).

Las listas y discusiones de conductas y personas “desviadas” revelan los prejuicios y sentimientos de los autores. Estos son actos que “como el robo, el hurto o la violación, [son] de una simple y dramática naturaleza voraz (...)” (Comisión Presidencial por la Aplicación de la ley y la Administración de la Justicia, en Dinitz, *et al.*, 1969). Todos los trabajos analizados, sin excepción, se concentran en acciones y personas de una “naturaleza dramáticamente voraz”. Esto es cierto tanto para la escuela del etiquetamiento como para las otras escuelas. Los siguientes ejemplos verifican esto:

Se consideran diez tipos diferentes de conducta desviada: delincuencia juvenil, crimen adulto, subculturas carcelarias, homosexualidad, prostitución, suicidios, homicidio, alcoholismo, adicción a drogas y enfermedad mental (Rushing, 1969: prefacio).

Tradicionalmente en la sociología norteamericana, el estudio de la desviación se ha enfocado en los criminales, los delincuentes juveniles, las prostitutas, los suicidios, el enfermo mental, los consumidores de drogas y los adictos, los homosexuales y los radicales religiosos y políticos (Lefton, et al., 1968).

La conducta desviada es esencialmente la violación de ciertos tipos de normas grupales; un acto desviado es una conducta prohibida en alguna forma. [Debe ir] en una dirección desaprobada y ser de suficiente magnitud como para exceder el límite de tolerancia de la comunidad (...) como la delincuencia y el crimen, la prostitución, la conducta homosexual, la adicción de drogas, el alcoholismo, los

trastornos mentales, el suicidio, los desajustes familiares y maritales, la discriminación contra los grupos minoritarios y, en menor grado, los problemas de la vejez. (Clinard, 1968).

Finalmente, nos dicen que estos son algunos de los ejemplos de desviación que toda sociedad debe enfrentar: “(...) la enfermedad mental, la violencia, el robo y la conducta sexual inadecuada, así como (...) otra conducta difícil similar” (Dimitz, *et al.*, 1969).

La lista permanece inalterada con los teóricos de la escuela del etiquetamiento:

En la parte I, “El Acto Desviado”, me dedico con detalle a ciertos estudios de homicidio, fraude, emisión de cheques sin fondo, suicidio y algunos otros hechos... al discutir el supuesto de la identidad desviada (Parte II) y el supuesto de la identidad normal (Parte III), hay abundante referencia a ciertos estudios de paranoia, “enfermedad mental” más general, y a “Alcohólicos Anónimos y Synanon” (Lofland, 1969).

El homicidio, el suicidio, el alcoholismo, la enfermedad mental, la prostitución y la homosexualidad son algunas de las formas de conducta típicamente llamadas desviadas y están dentro de los tipos de conductas que serán analizadas (Lofland, 1969).

Entre mis informantes había políticos radicales de la extrema izquierda y de la extrema derecha, homosexuales, negros, místicos, adictos a drogas, consumidores de LSD y marihuana, traficantes de droga, jóvenes delincuentes, parejas racialmente mezcladas, hippies, vegetarianos, y artistas bohemios y excéntricos (Simmons, 1969).

Simmons (1969) también nos informa que, en su estudio de los estereotipos de “desviados” sostenidos por el público, estos son los tipos que le mostró a la gente: homosexuales, *beatniks*, adúlteros, fumadores de marihuana, radicales políticos, alcohólicos, prostitutas, lesbianas, ex-pacientes mentales, ateos, ex-reclusos, intelectuales y jugadores. En Lemert (1967), encontramos que, salvo los tres capítulos (teóricos) introductorios, los capítulos centrales cubren los siguientes temas: consumo de alcohol, cuatro; falsificadores de cheques, tres; tartamudeo, dos; y enfermedad mental, dos. Matza (1969) ofrece la siguiente lista de “desviados” y, sus acciones “pueden ser apreciadas si uno se adhiere a una perspectiva naturalista”: mendigos, ladrones, bandas de motorizados, prostitutas, adictos a drogas, homosexuales promiscuos, gitanos ladrones y bohemios de “amor libre” (1969). Finalmente, las publicaciones de Douglas (1970) cubren estas formas de “desviación”: aborto, nudismo, masoneras con el torso desnudo, prostitutas, homosexuales, violencia (bandas de motorizados y de jóvenes), hurto en tiendas y drogas.

Las omisiones de estas listas son sorprendentes. No se encuentran por ninguna parte las formas institucionales encubiertas de “desviación”. Al leer estos autores no se sabría que el uso más destructivo de la violencia en la última década ha sido la guerra de Vietnam, en la cual los Estados Unidos ha producido sufrimientos sin precedentes a la gente y su tierra; en Vietnam se han lanzado más bombas que en la Segunda Guerra Mundial. Más aún, el robo en el mundo de las corporaciones —a través de la evasión de impuestos, precios fijados, bajos salarios, contaminación del ambiente, etc.— es pasado por alto por nuestra fascinación con acciones “dramáticas y voraces”. Por lo tanto, se nos dice

que “dichos acontecimientos no son de mayor importancia social que los asuntos bancarios y de contabilidad, o la violación militar, y que temas como el consumo de marihuana y las bandas motorizadas son de mayor interés. Aunque el hecho de que nuestros intereses científicos coincidan con los intereses emocionales de los desviados sea sólo una coincidencia, es una feliz coincidencia y creo que debería ser estimulada” (Douglas, 1970). Y Matza (1969), al comentar sobre los “sentimientos apreciativos” del “espíritu naturalista” elabora el mismo tema: “*No deseamos por un momento despojarnos de los fenómenos desviados. Estamos intrigados por ellos. Son una parte intrínseca, imborrable y vital de la sociedad humana*”.

Se hace un esfuerzo por trascender esta visión limitada y la preocupación sustancial por formas dramáticas y voraces de “desviación”. Becker (1964) sostiene que la nueva desviación (el etiquetamiento) no estudia ya sólo “delincuentes y adictos a drogas aunque estos tipos clásicos de desviación todavía se mantienen en observación”. Se aumenta el conocimiento “de los procesos de desviación al estudiar médicos, personas con limitaciones físicas, los deficientes mentales y otros que antes no eran incluidos en este campo”. Los “desviados” poderosos sin embargo, no son analizados. Esto, asimismo, se evidencia en otro aspecto de la nueva desviación. Becker (1964) sostiene que en la perspectiva del etiquetamiento “se centra la atención en el resto de la gente envuelta en el proceso. Se pone atención al rol del no-desviado tanto como al del desviado”. Pero vemos que son los no-desviados y los actores agentes de bajo nivel de control social quienes reciben atención, no los poderosos. (Gouldner, 1968).

En efecto, se hace énfasis en la *subcultura* y en la *identidad* de los “desviados” en lu-

gar de hacerlo en sus opresores y perseguidores. En diversos grados, todos los autores discuten acerca de los agentes de control social, pero se pone el énfasis en el desviado. Estudios de las prisiones y prisioneros, por ejemplo, se centran en la subcultura de las prisiones y en la rehabilitación de los prisioneros; hay poca o ninguna consideración de las condiciones sociales, políticas, económicas o de poder que llevan a la gente a las prisiones. Sólo ahora nos empezamos a dar cuenta que la mayoría de los prisioneros son *prisioneros políticos*, que sus actos criminales (sean contra individuos, como el robo, o actos de conciencia política contra el Estado) son resultado en su mayoría de la corriente social y de las condiciones políticas, y no son resultado de personalidades desordenadas y psicópatas. Estas conclusiones se hicieron visibles por los escritos de los mismos prisioneros políticos Malcom X (1965), Eldridge Cleaver (1968) y George Jackson (1970), entre otros³.

En todas estas publicaciones, especialmente en las de la Escuela del Etiquetamiento, la preocupación es por la subcultura e identidad del “desviado”: sus problemas, motivaciones, víctimas, etc. La colección de memo-

rias y apologías de los “desviados” en sus propias palabras (McCaghy, *et al.*, 1968), cubre la vida e identidad de los desviados voraces: prostitutas, nudistas, abortadores, criminales, consumidores de drogas, homosexuales, enfermos mentales, alcohólicos y suicidas. Se incluyen, como un indicador, algunos “desviados militantes”: musulmanes, negros, miembros de la SDS y algún pacifista. Pero uno se pregunta por otro tipo de “desviados”: ¿Cómo se ven a sí mismos aquellos que llevan a cabo la violencia institucional encubierta en nuestra sociedad? ¿Tienen problemas de identidad? ¿Cómo justifican sus acciones? ¿Cómo los “Barones Ladrones” de finales del siglo XIX robaban, arreglaban leyes, y sobornaban políticos seis días a la semana y asistían a la Iglesia los domingos? ¿Cómo pueden las personas hablar del número de cuerpos liquidados y de los índices de muertes con fría objetividad? Sobre estos y otros problemas similares, este trabajo (y todos los demás)⁴ no da respuestas: en efecto los editores no parecen advertir que estas preguntas deben o pueden ser formuladas.

Becker (1964), Rubington y Weinberg (1968), Matza (1969) y Bell (1971), también se centran en la identidad y la subcultura de los

³ El primer bosquejo de este trabajo fue completado en julio de 1971. El asesinato de George Jackson en San Quentin, el 21 de agosto de 1971, visto por mucha gente como un asesinato político, y la rebelión de prisioneros de Ática en septiembre del mismo año, reforzaron el argumento sobre prisioneros políticos. Dos cosas son claras: a) No sólo algunos “radicales” sino muchos prisioneros, ven su destino como provenientes de fuerzas y decisiones políticas, y a sí mismos como prisioneros políticos. Argumento de Robert Chrisman: “Hay un aspecto político en la condición de los prisioneros negros derivada de la injusticia política: un crimen hecho por un prisionero negro puede o no haber sido una acción política contra el Estado, pero la acción del estado

contra él es siempre política”. Puedo afirmar que lo mismo ocurre con los prisioneros blancos porque ellos provienen en su mayor parte de los grupos y clases pobres y explotados.

b) Las autoridades del estado, los gobernantes políticos, por sus obras y si no por sus palabras, ven a tales prisioneros como amenaza política. La muerte de George Jackson, y la brutal destrucción de la rebelión de Attica, evidenciaban las acciones de las autoridades, y temían que fueran auténticas acciones políticas, que envolvían grupos e individuos conscientes de su posición social y explotación.

⁴ Salvo la excepción de E. C. Hughes, en Becker (1964).

“desviados voraces”. Matza al discutir el supuesto de la “identidad desviada”, utiliza como ejemplos a los ladrones y consumidores de marihuana. En todos estos libros, hay referencias ocasionales y preguntas sobre la estructura social y política, pero no son exploradas con profundidad y el énfasis sigue estando en la conducta, la identidad y la rehabilitación del propio “desviado”. Este prejuicio continúa en los últimos libros que, siguiendo la moda de su tiempo, tienen capítulos sobre hippies y contestatarios militantes (Bell, 1971).

Incluso el mejor de estos trabajos, *Deviant* (1969) de Simmons, no se libra de la excesiva dedicación al “desviado” y su identidad. Es la presentación más simpatizante y equilibrada de las vidas de los “desviados”: sus alegrías, tristezas y problemas con el mundo y con sus víctimas. Simmons demistifica los procesos de volverse “desviado” y de vencer la “desviación”. Muestra, como cualquiera, que esas víctimas *son* iguales a nosotros; y que las diferencias que los caracterizan y el sufrimiento que aguantan son impuestos por otros. En última instancia, sin embargo, Simmons cae en los tres prejuicios que aparecen en las otras obras: a) los “desviados” que considera son sólo de tipo voraz; b) se centra básicamente en la víctima y en su identidad, no en los perseguidores; y c) los perseguidores que discute son de nivel medio, los agentes de las instituciones y sujetos más poderosos no son analizados.

Debido a estos prejuicios, hay una aceptación implícita, pero bastante clara, por parte de estos autores de las definiciones predominantes de la “desviación”. Esto se debe al hecho que se concentran en aquellos que han sido *etiquetados exitosamente como “desviados”*, y no en aquellos que infringen las leyes, arreglan leyes, violan estándares éticos y morales, dañan individuos y grupos,

etc.; pero que pueden esconder sus acciones, o cuando son conocidas, pueden evitar la crítica, el etiquetamiento y el castigo. Las siguientes son declaraciones típicas que reflejan estos prejuicios.

“...Ningún acto cometido por miembros de un grupo ocupacional (como por ejemplo los delitos de cuello blanco), por muy poco éticos que sean, debe ser considerado delito a menos que sea castigable de alguna forma por el Estado” (Clinard, 1968: 269). Así que si algunas personas pueden manipular leyes para que sus acciones destructivas y no éticas no sean “delitos”, debemos aplaudir su poder y estar de acuerdo en que no son delincuentes.

Más aún, la esencia de la Escuela del Etiquetamiento estimula este prejuicio, a pesar de que Becker (1963) plantee que “...mientras un científico utilice el término de “desviado” para referirse a cualquier conducta que viola una regla y toma como sujetos de estudio sólo a aquellos han sido etiquetados como desviados, estará limitado para las disparidades entre las dos categorías”. Pero como lo demuestran los siguientes planteos de Becker y de otros, esto es en efecto lo que hace la Escuela del Etiquetamiento.

La desviación es *“...creada por la sociedad... los grupos sociales crean la desviación elaborando las reglas cuya infracción constituye desviación, y aplican estas reglas a personas determinadas etiquetándolas como extrañas”* (Becker, 1963). De acuerdo con esta posición, en casos donde un grupo no ha etiquetado a otro, sin importar lo que el otro grupo o individuo haya hecho, no hay nada para que el sociólogo estudie y analice.

Las reglas no se crean automáticamente. Aún cuando un hecho pueda ser dañino en un sentido objetivo para el grupo en el que ocurre, el daño necesita ser descu-

bierto y señalado. Las personas deben ser llevadas a sentir que algo debe hacerse al respecto (Becker, 1963).

Lo que es importante para el científico social no es lo que las personas son de acuerdo con sus estándares, sino lo que las personas constituyen o son, y sus razones y consecuencias (Lofland, 1969).

(...) la desviación está en los ojos de quien la ve. Para que la desviación se vuelva un hecho social, alguien debe percibir una conducta, una persona, una situación como apartado de las normas sociales, debe categorizar esa percepción, debe informar esa percepción a otros, debe lograr que acepten esta definición de la situación y deben obtener una respuesta que se conforme a esa definición. A menos que se cumplan todos esos requisitos, la desviación como hecho social no se cristaliza (Rubington y Weinberg, 1968).

La implicancia de estas proposiciones es que el sociólogo acepta definiciones actuales y exitosas de lo que es “desviado” como las únicas dignas de su atención. Puede argumentar que aquellos etiquetados como “desviados” no son realmente distintos del resto

de nosotros, o que no hay una conducta intrínsecamente desviada, etc. Sin embargo, al concentrarse en casos de etiquetamiento exitoso no penetrará más allá de la superficie para mirar otras formas de “desviación” (robo no descubierto, violencia o destrucción). Cuando las personas no son suficientemente poderosas para lograr que la etiqueta de “desviado” se le asigne a otros, ignoramos esos casos. Pero, ¿no es tan *hecho social*, aún cuando pocos le prestemos atención, el que la economía de las grandes compañías mata y perjudica más, es más violenta que cualquier violencia cometida por los pobres (los sujetos comunes de los estudios de violencia)? ¿Por qué razón y necesidad la “violencia” de los pobres en los ghettos merece más nuestra atención que los reclutas de los campos militares insensibles a los horrores de matar al “enemigo” (“ser humano oriental” como aprendimos durante el juicio de Calley)? Pero como estos hechos no son etiquetados como “desviados”, porque son encubiertos, institucionales y normales, sus cualidades “desviadas” son pasadas por alto y no se vuelven parte del campo de la sociología de la desviación. A pesar de sus mejores intenciones liberales, estos sociólogos parecen perpetuar las propias nociones que piensan que destruyen y otras de las cuales no se dan cuenta.

II

Como resultado de la fascinación por los desviados voraces, por sus identidades y subculturas, se le ha prestado poca atención a las acciones no éticas, ilegales y destructivas de individuos, grupos e instituciones poderosas de nuestra sociedad. Como estas acciones se llevan a cabo silenciosamente en el curso normal de los hechos, la sociología de la desviación no las considera como

parte de su temática. Este prejuicio o sesgo está arraigado en la propia concepción y definición del campo. Se hace evidente cuando se examina el tratamiento, o la falta de éste, sobre temas como la violencia, el crimen y el delito de cuello blanco.

Las discusiones sobre la violencia sólo se ocupan de un tipo: la violencia “voraz y dramática” cometida por individuos (general-

mente los pobres y los grupos minoritarios) contra las personas y la propiedad. Por ejemplo, leemos que “*delitos que incluyen violencia como el homicidio intencional, el atraco y la violación se concentran en los barrios humildes*” (Clinard, 1968). Wolfgang, un experto en violencia, ha desarrollado toda una teoría sobre la “subcultura de la violencia” de las clases bajas, y Douglas (1970) incluye miradas sobre bandas callejeras y los Ángeles del Infierno. Thompson (1966) en su trabajo sobre los Ángeles del Infierno dedica muchas páginas a una exploración de los antecedentes sociales de los Ángeles. Además, en todo el trabajo y especialmente en el capítulo final, coloca la violencia de los Ángeles en el contexto de una sociedad violenta, violadora y destructiva que se niega a confrontar la realidad de los Ángeles distorsionándola, exagerándola y romantizando sus acciones. Pero Douglas no reproduce ninguna de estas páginas; más bien, nos ofrece un capítulo donde, durante un fin de semana del 4 de julio, Los Ángeles fueron restringidos por la policía dentro del perímetro de un lago, tuvieron un fin de semana de borrachera, y se convirtieron en un show turístico.

En resumen, la violencia se presenta como propiedad exclusiva de los pobres en los barrios humildes, las minorías, las bandas callejeras y las bestias motorizadas. Pero si tomamos seriamente el concepto de *violencia*, vemos que gran parte de nuestro sistema político y económico deriva por ella. En los actos violentos, una persona es *violada*, se hace daño a su persona, su psiquis, su cuerpo, su dignidad, su capacidad de gobernarse a sí misma. Visto de esta manera, una persona puede ser violada de muchas maneras; la fuerza física es sólo una de ellas. Como lo demuestran las lecturas de Rose (1969), una persona puede ser violada por un sistema que le niegue un

trabajo decente, o que lo consigne a un barrio insalubre, o que le cause lesión cerebral por sufrir hambre durante su infancia o que lo manipule a través de los medios de comunicación, y así sucesivamente.

Es más, debemos ver que la *violencia institucional encubierta* es mucho más destructiva que la violencia individual manifiesta. Debemos reconocer que las vidas de las personas se violan por el propio funcionamiento cotidiano de las instituciones. No vemos esos hechos y situaciones como violentos porque no son dramáticos y voraces; no dan lugar a lecturas fascinantes sobre las vidas de los voraces; pero matan, mutilan y destruyen muchas más vidas que los individuos violentos.

Aquí tenemos algunos ejemplos. Carmichel y Hamilton (1967) al distinguir entre racismo *individual* y racismo *institucional*, ofrecen ejemplos de cada uno:

“*Cuando los terroristas blancos bombardean una iglesia negra y matan a cinco niños negros ese es un acto de racismo individual, lamentado por la mayoría de los segmentos de la sociedad. Pero cuando en la misma ciudad –Birmingham, Alabama– quinientos bebés negros mueren cada año por falta de una alimentación adecuada, refugio y facilidades médicas y miles más son desnutridos y mutilados física, emocional e intelectualmente por las condiciones de pobreza y discriminación en la comunidad negra, esa es una función del racismo institucional.*”

Claro que esto es violencia; y es causada por el funcionamiento normal de las instituciones dirigidas por miembros respetables de la comunidad. Muchos blancos también sufren del funcionamiento institucional de una sociedad orientada hacia las ganancias y la economía; la mala salud, los trabajos sin futuro, la vivienda insalubre, el hambre en las zonas rurales, etc., son realidades coti-

dianas. Esta es una violencia mucho peor que cualquiera cometida por los Ángeles del Infierno o por bandas callejeras. Sin embargo, sólo estos grupos son estigmatizados y analizados por los sociólogos de la desviación, mientras esas buenas personas que viven en hogares lujosos (y que arreglan las leyes de impuestos para sus propios beneficios) producto de las ganancias derivadas de un sistema económico explotador, son los pilares de sus comunidades.

El gobierno comete violencia diariamente, a menudo por falta de acción. El mismo sistema que enriquece a los empresarios agrícolas con miles de millones de dólares a través de subsidios no puede apropiarse de algunos millones para resolver el envenenamiento de plomo de los barrios pobres. Los niños pequeños: *"...lo adquieren comiéndose los pedacitos de las paredes de edificios, pintados hace una generación con pintura de plomo. De acuerdo con el Departamento de Salud, Educación y Bienestar, 400.000 niños se envenenan cada año, unos 30.000 sólo en la ciudad de Nueva York. Unos 3.200 sufren lesiones cerebrales permanentes, 800 se vuelven ciegos o se vuelven tan atrasados mentales que requieren hospitalización por el resto de sus vidas y aproximadamente 200 mueren.*

La tragedia es que el envenenamiento de plomo es obra del hombre y totalmente prevenible. Es causado por las viviendas insalubres de los barrios pobres y hoy hay exámenes de sangre que pueden detectar la enfermedad y medicinas que la curan. Sólo la falta de interés sentencia a muerte a 200 niños negros cada año." (Newfield, 1971)⁵.

Continúa Newfield señalando que el 20 de mayo de 1971, una conferencia del Senado eliminó cinco millones de una partida presupuestaria. En efecto, 200 niños habían sido sentenciados a muerte y miles más a la mutilación y el sufrimiento.

Acciones similares de violencia son cometidas diariamente por parte del gobierno y las corporaciones, pero en estos días de ignorancia y manipulación en los que el énfasis está puesto en otro lado, no vemos la destrucción inherente en estas acciones. En su lugar, nos fascinamos, enojamos y confundimos por la violencia de los pobres y de los sin poder. Vemos la violencia cometida durante las rebeliones políticas en los ghettos (llamados "motines", como forma de despreciarlos), pero al mismo tiempo ignoramos la violencia cotidiana cometida contra los residentes de esos ghettos por las instituciones de la sociedad: las escuelas, los hospitales, las compañías, el gobierno. Revítese cualquiera de estos trabajos sobre la desviación y se verá cuánto de este tipo de violencia ni siquiera se menciona, y mucho menos se analiza y describe.

Se podría argumentar que esta violencia es reconocida (implícitamente) en las discusiones sobre el delito de "cuello blanco". Sin embargo, esto no es así. De los 16 trabajos examinados, sólo tres le prestan alguna atención al delito de cuello blanco (Cohen, 1966; Clinard, 1968; Dinitz, *et al.*, 1969) y de éstos, sólo el último cubre los temas con cierta profundidad. De todas formas, incluso en estas discusiones, el enfoque recae principalmente en los *individuos* que cometen las acciones (en su codicia, falta de moralidad, etc.), y

⁵ Como lo demuestran Gittlin y Hollander (1970) los niños de blancos pobres también sufren de envenenamiento de plomo.

no en las instituciones económicas y políticas dentro de las cuales operan. La selección en Dinitz *et al.* (1969) de la Comisión Presidencial para la Aplicación de la ley y la Administración de la Justicia, argumenta por lo menos tres veces que el delito de cuello blanco es “difuso”, causa “daños financieros” (“probablemente mayores que los producidos por los delitos comunes de robo”) y es generalmente dañino. No obstante, por lo menos en estas páginas, no hay investigación de las condiciones sociales, políticas y económicas que hacen posible la difusión y el tratamiento tan leve del delito de cuello blanco.

El prejuicio contra examinar las condiciones estructurales subyacentes al delito de cuello blanco se revela aún más en las sugerencias de Clinard sobre cómo hacerle frente (en su capítulo sobre “La Prevención de la Conducta Desviada”). La única recomendación en tres páginas de discusión (704-7) es la de enseñar a todo el mundo mayor “respeto” por la ley. Este es un instrumento exclusivamente moralista; no le presta atención a los aspectos estructurales del problema, al hecho de que el delito de cuello blanco está arraigado profundamente en toda una red de leyes, especialmente leyes de impuestos, política administrativa e instituciones, que sistemáticamente favorecen a una minoría. En suma, las discusiones sobre la prevención de la “desviación” y el delito no se ocupan de la violencia institucional y de lo que debemos hacer para acabarla⁶.

Pero hay una explicación evidente para este descuido. Las personas que cometen delitos de cuello blanco graves y que ejecutan la política de instituciones violentas, son individuos respetables y responsables, no “desviados”; ésta es la posición de la Comisión Presidencial sobre la Aplicación de la ley y la Administración de la Justicia.

“Significativamente la División Anti-trust no considera que las condenas largas a prisión sean comúnmente indicadas para los delitos de cuello blanco. Recomienda ‘muy rara vez sentencias de prisión mayores de 6 meses – lo más frecuente son recomendaciones de 30 días de prisión’”. (Dinitz, et al., 1969)

“Las personas que están enraizadas en la comunidad, y están preparadas para, y comprometidas con, ocupaciones legítimas, se espera que sean particularmente sensibles a la amenaza de la prosecución criminal. Los procedimientos penales y la imposición de sanciones tiene un impacto más marcado sobre aquellos que no han sido endurecidos por el contacto previo con el sistema de justicia criminal.” (en Dinitz, et al., 1969)

Al mismo tiempo, la Comisión nos dice en otro lugar que el delito de cuello blanco es difuso y muy común; “los procedimientos penales y la imposición de sanciones” no parecen disuadirlos mucho.

Los ejecutivos condenados en el caso de *Electrical Equipment* eran ciudadanos res-

⁶ La investigación sobre las causas y prevención de la violencia institucional probablemente estaría mordiendo la mano que alimenta al sociólogo, pues leemos que el gobierno y las fundaciones (cuyo dinero proviene de las ganancias de las compañías) han apoyado la investigación sobre la “conducta desviada”, especialmente su prevención. “Esto ha significado particularmente que la aplicación de la teoría

sociológica a la investigación ha aumentado considerablemente en campos como la delincuencia juvenil, el delito, los trastornos mentales, el alcoholismo, la adicción a las drogas y la discriminación” (Clinard, 1968). Ahí es donde está la acción, no en el delito de cuello blanco, ni en la violencia institucional encubierta del gobierno y la economía.

petables. “Muchos eran diáconos o sacristanes de sus iglesias”. El resto también mantenía posiciones prestigiosas: presidente de la Cámara de Comercio, director de banco, organizador de pequeños torneos, etc. (Dinitz, *et al.*, 1969). Es más, “*generalmente (...) en casos de delito de cuello blanco ni las compañías como entidades ni sus funcionarios responsables son calificados como desviados (...)*” (Cohen, 1966). De nuevo hay una tácita aceptación de este estado de cosas. No hay intentos de averiguar por qué quienes roban millones y cuyas acciones violan vidas no son calificadas de “desviados”. No se considera que, como intelectuales responsables, sea nuestra obligación explorar y exponer las causas estructurales de los delitos de las compañías y de otros delitos graves que ocasionan más sufrimiento que el robo a mano armada. Parecemos satisfechos simplemente observando lo que es, y dejamos sin examinar las causas.

Para concluir, tomemos otra forma de “desviación” institucional. La publicación parcial de los informes del Pentágono (junio, 1971) hizo públicas las mentiras concientes y la manipulación efectuada por el gobierno para silenciar a la oposición a la guerra de Vietnam. Pero las mentiras se extendieron no sólo en el gobierno sino también en la economía. Las mentiras decepcionantes y sinsentido abundaron en las publicidades (ver Henry, 1963). Durante la campaña de 1968, el candidato presidencial Nixon nos bendijo con una forma de decepción inge-

niosa. McGinniss (1969) registró una discusión que tuvo lugar antes de que Nixon apareciera en vivo en la televisión (para mostrar espontaneidad) el día anterior a la elección, cuando respondió, sin ensayar, preguntas telefónicas de la audiencia.

“Tengo entendido que Paul Keyes ha estado clavado en la silla por dos días escribiendo preguntas” dijo Roger Ailes.

“Bueno, no tanto” dijo Jack Rourke. Parecía un poco incómodo.

“¿Qué va a pasar?”

“Oh...”

“Eso es medio falso, ¿no es así?” dijo Ailes.

“Keyes tiene un conjunto de preguntas que Nixon quiere responder. Estuvo escribiendo con anterioridad para asegurarse de que estén bien redactadas. Cuando alguien llama con una pregunta similar, se usarán las preguntas de Keyes y será atribuida a la persona que llamó; ¿no es así?”. “Más o menos” dijo Jack Rourke.

En resumen, a pesar de la supuesta posición central de la *estructura social* en la empresa sociológica, hay un descuido general de ésta en el campo de la “desviación”. Problemas mayores, especialmente si tienen que ver con temas económicos y políticos, son tratados superficialmente o ignorados completamente. Ejemplo de este descuido es el énfasis puesto en las acciones de los desviados voraces, y el desprecio de las acciones criminales y destructivas de los poderosos.

III

La mayoría de los autores en discusión mencionan la importancia del *poder* en el etiquetamiento de la gente “desviada”. Afirman que aquellos que etiquetan (los victimarios)

son más poderosos que aquellos a quienes etiquetan (las víctimas).

Los autores de la escuela del etiquetamiento señalan este punto explícitamente. Según

Becker (1963), “¿Quién puede (...) obligar a los otros a aceptar sus reglas y cuáles son las causas de su éxito? Evidentemente, esto, es una cuestión de poder político y económico”.

Simmons (1969) comenta que históricamente “aquellos en el poder han usado sus posiciones para perpetuar y aumentar sus propias ventajas por medio de la coerción y manipulación del resto de la población”.

Y Lofland (1969) realiza la misma observación en sus páginas introductoras:

“Es en la situación de un partido muy poderoso que se opone a uno muy débil, que el partido poderoso patrocina la idea de que el partido débil está violando las reglas de la sociedad. Los partidos poderosos se apropian de los propios conceptos de ‘sociedad’ y de sus ‘reglas’ y los convierten en sinónimos de sus intereses (y creído por los ingenuos al afirmar ‘la sociedad dice’..., ‘la sociedad espera...’, ‘la sociedad hace...’).”

Pero no profundizan en este planteo. En ninguno de los dieciséis trabajos se discute cómo opera el poder en la designación de la desviación. En lugar de un estudio sobre el poder, sobre sus usos concretos en la América moderna y corporativa, nos han ofrecido investigaciones acerca de la identidad y subculturas del desviado, dejando a un lado el estudio de los agentes del control social. Solamente Szasz (1961, 1963 y especialmente 1970) ha demostrado el rol del poder en un área de la “desviación”: las enfermedades mentales. A través de estudios históricos y contemporáneos, ha demostrado que aquellos etiquetados como “enfermos mentales” (locos, insanos, lunáticos) han sido siempre los que no tienen poder: las mujeres, los pobres, los campesinos, los ancianos y otros. Es más, ha expuesto repetidamente los me-

dios utilizados por individuos e instituciones poderosas al emplear la etiqueta de “enfermedad mental” para desacreditar, perseguir y eliminar a los opositores. En resumen, ha demostrado el elemento político en el juego de la “enfermedad mental”.

Además, excepto Szasz, ninguno de los autores parece darse cuenta de que el estigma de la prostitución, el aborto y otros actos “desviados” característicos de la mujer resultan en gran parte de la falta de poder de las mujeres y de su estatus en la sociedad. Es más, que yo sepa, nadie se ha preocupado en preguntar por qué siempre ha habido mujeres prostitutas para que los hombres satisfagan sus deseos sexuales, pero muy pocos hombres se han prostituido para las mujeres. La propia palabra *prostituta* la asociamos sólo con mujeres y no con hombres. Tanto los hombres como las mujeres han participado en este acto “inmoral” pero el estigma lo llevan sólo las mujeres.

Los dieciséis trabajos, algunos más extensivamente que otros, discuten la ideología, las formas de operar y los puntos de vista de *los agentes de control social*, las personas que designan lo que ha de ser “desviado” y aquellos que manejan a las personas así designadas. Sin embargo, como lo ha demostrado Gouldner (1968), estos son los funcionarios de bajo o medio nivel, no aquellos que formulan la política básica y toman las decisiones. Este prejuicio se hace evidente cuando examinamos los agentes específicos que se discuten.

Por ejemplo, Simmons (1968) nos dice que algunos de aquellos “con capacidad de decisión en todos los niveles” son “administradores universitarios, guardias, profesores, y otros empleados públicos similares”. ¿Pueden los administradores universitarios y los maestros hacer funcionar las escuelas por sí solos? ¿Están enseñando y haciendo respe-

tar sus propios valores? Los maestros, por sí mismos, ¿podrían crear las horribles escuelas de los barrios humildes? La uniformidad, puntualidad y conformidad que los maestros inculcan ¿son sus propios complejos psicológicos o representan los intereses del orden industrial-tecnológico-empresarial? En otro plano, ¿la policía hace cumplir sus propias leyes?.

Becker (1963) ha demostrado un interés consistente en los agentes de control social. Sin embargo, un examen detallado revela limitaciones. Discute los “cruzados morales” (o empresarios morales) como aquellos que aprobaron las leyes contra la marihuana. El cruzado moral, “el prototipo de creador de reglas”, encuentra que “las reglas existentes no le satisfacen porque hay algo malo que lo perturba profundamente”. Pero el único tipo creador de reglas que Becker discute es el cruzado moral, ningún otro. No son estudiados los manipuladores políticos que aprueban leyes para defender sus intereses y perseguir a los que disienten. La “sentimentalidad no convencional”, el motivo que Becker ve en la “nueva desviación”, está dirigido hacia la policía, los funcionarios de las prisiones, el personal de los hospitales psiquiátricos, el individuo “promedio” y sus prejuicios. Son dejados de lado la estructura social, política y económica básica, y aquellos que la comandan, aquellos que guían el etiquetamiento y la persecución. Nos hemos acostumbrado a atacar tanto a estos agentes de bajo nivel, que ni siquiera sabemos cómo comenzar a dirigir nuestra atención hacia las instituciones y los grupos que mandan (para un intento en torno a este tipo de análisis, ver Liazos, 1970).

En un trabajo reciente, Becker (1967) plantea un dilema aparentemente indisoluble. Argumenta que al analizar a los agentes de control social, estamos siempre obligados a es-

tudiar subordinados. Nunca podemos llegar a la cima, a aquellos que realmente mandan, porque si estudiamos a la Y superior a X encontramos encima a la Z y así indefinidamente. Todos tienen alguien por encima, así que no hay nadie en la cima. Pero este es un punto agudo sin consistencia. En esta jerarquía algunos tienen más poder que otros y algunos están en la cima; puede que nieguen su posición, claro está, pero es nuestro trabajo demostrar lo contrario. Algunas personas en esta sociedad tienen más poder que otros: los padres sobre sus hijos, los hombres sobre las mujeres; algunos tienen poder considerable sobre otros: los administradores superiores de las instituciones; y algunos tienen gran poder, aquellos que Domhoff (1967) y otros han señalado como la clase dirigente. Debería ser nuestra tarea explorar y descubrir esta jerarquía, la base de su fuerza, sus usos de la etiqueta “desviado” para desacreditar a sus opositores y silenciarlos, y encontrar formas de eliminar esta jerarquía.

Las discusiones sobre la policía revelan el mismo énfasis mal colocado en los agentes de los niveles bajo y medio de control social. En tres de los libros (Matza, 1969; Rubington y Weinberg, 1968; Dinitz, *et al.*, 1969) se nos presentan los prejuicios de los policías; su forma de operar al confrontar delincuentes y otros; las presiones que sufren de parte de diferentes oficinas, etc. En resumen, el foco está en el rol y en la psicología del policía.

Todos estos temas sobre la situación del policía necesitan, claro está, ser discutidos; pero hay un tema aún más importante que estos autores evitan. Debemos preguntar, ¿Quiénes aprueban las leyes que los policías aplican? ¿A quiénes representan? ¿Por qué existe la policía? Tres trabajos excelentes (Cook, 1968; A. Silver en Bordua, 1967; T. Hayden en Rose, 1969) ofrecen algunas respuestas a estas preguntas. A través de una

descripción histórica de los orígenes de las fuerzas policiales, muestran que siempre han sido utilizadas para defender el status quo, los intereses de los poderes dirigentes. Cuando se creó la fuerza policial en Inglaterra a comienzos del siglo XIX, debía defender a las clases propietarias de las “clases peligrosas” y de la “muchedumbre”⁷. Con el advenimiento del capitalismo y del industrialismo había mucha intranquilidad por el underclass sufriente; la policía profesional debía actuar como zona neutral para la elite capitalista. De modo similar, en los Estados Unidos durante la primer parte de este siglo, especialmente en los años 30, la policía era utilizada repetidamente para atacar a los trabajadores huelguistas y disolver sus huelgas. Durante el “motín policial” de Chicago en 1968, las policías no sólo estaban exteriorizando sus agresiones y frustraciones; como muestra Hayden actuaron con el consentimiento, la dirección y la bendición del Alcalde Daley y del partido Demócrata (partido representante del ala “liberal” de la clase alta americana).

Se debe subrayar que la policía, al igual que todos los agentes de control social están haciendo el trabajo de otros. A veces aplican las leyes y prejuicios de la “sociedad”, la clase media (sobre sexo, marihuana, etc); pero otras veces no es la “sociedad” la que les da directrices sino grupos específicos interesados, aún cuando frecuentemente se manipulaba a la “sociedad” para expresar su aprobación de esas acciones. Sobre todo, debemos recordar que *“en una sociedad fundamentalmente injusta, incluso la aplicación de leyes más imparcial, profesional y eficiente por parte de la policía no puede resultar en*

justicia” (Cook, 1968). En una sociedad injusta y explotadora, no importa cuán “humanos” sean los agentes de control social, sus acciones necesariamente resultan en represión.

Otro instrumento utilizado por algunos de estos autores es la generalización amplia para evitar el examen completo de los usos de poder en la creación y etiquetamiento de la “desviación”. Clairborne (1971), ha denominado a esta generalización “berreta” (*schlock*). Las siguientes son algunas de las tácticas que, según él, son usadas comúnmente en los escritos de la sociología popular “berreta” (como podemos ver, algunos sociólogos de la “desviación” usan tácticas similares).

El Pasivo Plausible:

“Todos los días se están realizando nuevos descubrimientos científicos... Esas ideas nuevas están siendo puestas rápidamente en funcionamiento...” [Toffler, en Future Shock] ... cuidadosamente se está ocultando el hecho de que científicos e ingenieros (en su mayoría pagos por la industria) hacen los descubrimientos, y los industriales (habitualmente con el auxilio de fondos públicos) los ponen en funcionamiento. Una alternativa al Pasivo Plausible es el Impersonal Elusivo: “En New York los edificios literalmente desaparecen de noche”. Lo que Toffler intenta evitar decir es que los contratistas y los especuladores inmobiliarios destruyen edificios por la noche (Clairborne, 1971).

La Reificación Rampante, mediante la cual “las abstracciones conceptuales son trans-

⁷ Ver Rude (1966) sobre el rol de la muchedumbre de trabajadores pobres y campesinos en los siglos XVIII y XIX en Francia e Inglaterra.

formadas en realidades causales”, también abunda.

Toffler habla de la “tremenda corriente de cambio” como de una “fuerza elemental” y de “la gran máquina de cambio tecnológico”. Por supuesto, oculta completamente el tema de cuál es el combustible del motor, y quién controla el acelerador. Uno no se interroga sobre la fuerza elemental, sólo sugiere que puede haber sido formada por beneficios monopólicos (especialmente la industria de defensa y aeroespacial) o acelerados por incentivos gubernamentales (por ejemplo, subsidios, bajos impuestos a las ganancias, depreciaciones aceleradas —que ahora Nixon está tratando de restituir) (Clairborne, 1971).

Hay ejemplos paralelos en la sociología de la desviación. Clinard (1968) argumenta que la urbanización y los barrios precarizados son centros de fermentación de la “conducta desviada”. Pero estas condiciones son reificadas sin ser examinadas concretamente. Dice respecto de urbanización y cambio social:

El rápido cambio social y cultural, que no es considerado debido a la importancia dada a la estabilidad por generaciones, y lealtades inapropiadas, caracterizan en general la vida urbana. Las ideas nuevas en general son bienvenidas, se fomentan invenciones y artefactos mecánicos y también se aprueban en las artes como pintura, literatura y música (1968).

Pero el barrio humilde, la urbanización y el cambio no son entidades reificadas que desarrollan sus voluntades independientes. Por ejemplo, la competencia, el capitalismo y el incentivo de la ganancia —todos fomentados por un gobierno controlado por las clases altas—, han tenido algo que ver con el aumento de los barrios pobres. Hay un proceso general de urbanización, pero en determinados puntos de la historia es alimentado por, y les da ganancias a, grupos específicos. Los siguientes son algunos ejemplos históricos: la política y práctica de cercamien-

to de la tierra de las clases dirigentes inglesas en los siglos XVII y XVIII; la construcción de viviendas baratas por los propietarios de las fábricas de pueblo en el siglo XIX; y las ganancias derivadas de la “renovación urbana” (que ha destruido vecindarios, creando barrios aún más hacinados, etc.) por la construcción de autopistas, apartamentos lujosos y tiendas.

Otro tema favorito de la sociología “berreta” es que “Todos los Hombres son Culpables”. Esto significa que no se puede hacer nada para cambiar las cosas. Existe una variación de esta temática en la sociología de la desviación cuando se nos dice que: a) todos somos de algún modo desviados, b) todos etiquetamos a otros como desviados, y c) la “sociedad” etiqueta. Estas afirmaciones evitan formular preguntas concretas: ¿tiene la “desviación” de cada uno de nosotros iguales consecuencias para los otros?, ¿y la desviación de cada uno de nosotros es permanente y qué efectos tiene?

Por ejemplo, Simmons (1969) dice:

“...Tengo la fuerte sospecha que los agentes, además, marginan más delincuentes de los que recuperan para la sociedad, y pienso que encarcelan mucha más gente desviada de la que rehabilitan. Debemos recordar que, con alguna excepción, los oficiales vienen de, son contratados por, y pertenecen a la mayoría dominante”.

¿Quién es esa mayoría dominante? ¿Son siempre una mayoría numérica? ¿Controlan el etiquetamiento y el proceso correccional por ellos mismos? Estas preguntas no están formuladas.

Otro ejemplo de sociología “berreta” (schlock) se encuentra en la discusión de Matza (en realidad, en la falta de ella) del “Leviatán”. Se menciona como una fuerza potente en el etiquetamiento y manejo de la “desviación”. Pero en vano buscamos alguna exploración del funcionamiento del “Leviatán”.

Se mantiene como una criatura etérea y reificada. ¿Qué es? ¿Quién lo controla? ¿Cómo etiqueta? ¿Por qué? Matza parece contento de impresionarnos mencionándolo constantemente; pero nunca nos muestra como funciona. Está ahí presente, castiga y su presencia nos lleva a la sumisión. Pero es una fuerza reificada cuya presencia es aceptada sin examen detenido.

IV

Quiero comenzar mis conclusiones señalando dos puntos aclaratorios:

a) He tratado de suministrar algún balance y perspectiva en el campo de la “desviación” y al hacerlo he argumentado contra el énfasis exclusivo en desviados voraces y en sus identidades y subculturas. No quiero decir, sin embargo, que las formas de desviación generalmente considerados no valgan la pena. El suicidio, la prostitución, la locura, la delincuencia juvenil y otros *están* con nosotros; no podemos ignorarlos. Las personas sí sufren cuando son etiquetadas y tratadas como “desviados” (en *este* sentido los “desviados” son diferentes de los conformistas). Más bien, quiero llamar la atención sobre fenómenos que también pertenecen al campo de la “desviación”⁸.

b) Es fácil ignorar algunos de los prejuicios ideológicos básicos que todavía predominan en este campo porque la sociología de la desviación y especialmente el enfoque del etiquetamiento, contienen importantes y reveladoras intuiciones, porque tratan de humanizar al “desviado”, y porque es popular. Por esta razón he tratado de explorar y detallar algunos de estos prejuicios. Al mismo tiempo, sin embargo, no quiero descartar las contribuciones de este campo como totalmente negativas e inútiles. En efecto, en mi ense-

Los ejemplos anteriores tipifican gran parte de lo que anda mal con la sociología de la desviación: la falta de un análisis específico del rol del poder en el proceso de etiquetamiento; las generalizaciones que aún cuando ciertas, explican poco; la fascinación por los “desviados”: el rechazo a estudiar las “desviaciones” de los poderosos.

ñanza, utilizo dos de los trabajos discutidos aquí, Simmons (1969) y Rubington y Weinberg (1968).

El argumento puede resumirse brevemente: 1) No deberíamos estudiar solamente, o predominantemente, las formas populares y dramáticas de “desviación”. En efecto, deberíamos borrar el concepto de “desviación”, y hablar de opresión, conflicto, persecución y sufrimiento. Al enfocar las formas dramáticas como lo hacemos ahora, perpetuamos las creencias e impresiones de la mayoría de las personas de que esa “desviación” es la causa básica de muchos de nuestros problemas, de que estas personas (delincuentes, adictos a drogas, disidentes políticos y otros) son los verdaderos “creadores de problemas” y necesariamente descuidamos las condiciones de desigualdad, falta de poder, violencia institucional, etc., que están en la base de nuestra sociedad torturadora. 2) Incluso cuando estudiamos las formas populares de “desviación”, no evitamos culpar a la víctima de su destino; el uso cotidiano del término “desviado” es una de las claves para esa culpa. Tampoco hemos logrado normalizarlo: el énfasis en el propio “desviado”, su identidad y subcultura, ha tendido a confirmar el prejuicio popular del que es diferente.

Referencias

- Becker, H. S.** (1963): *Outsiders*, Free Press, New York.
- Becker, H. S.** (1964): (ed) *The Other Side*, Free Press, New York.
- Becker, H. S.** (1967): "Whose side are we on?" *Social Problems* 14: 239-247 (reimpreso en Douglas, 170ª, 99-111)
- Bell, R.** (1971): *Social Deviance: A Substantive Analysis*, Homewood, Illinois, Dorsey.
- Bend, E. & Vogenfanger, M.** (1964): "A new look at Mills' critique", in *Mass Society In Crisis*.
- Bernard Rosenberg, Israel Gerver, F. William Howton** (eds.) Macmillan, New York, [1964], pp. 111-122.
- Bordua, D.** (ed.) (1967): *The police*, Wiley. Carmichael, Stokeley and Charles V. Hamilton. New York.
- Bordua, D.** (1967): *Black Power*, Random House, New York.
- Clairborne, R.** (1971): "Future Schlock". *The Nation*, Jan 25, pp. 117-120.
- Cleaver, E.** (1968): *Soul On Ice*, McGraw-Hill, New York
- Clinard, M.** (1969): *Sociology of Deviant Behavior*, Holt, Rinehart, and Winston, New York.
- Cohen, A.** (1966): *Deviance and Control*, N. J. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- Cook, R. M.** (1968): "The police". *The Bulletin of the American Independent Movement* New Haven, Conn., 3:6, pp. 1-6.
- Dinitz, Simon, Russell R. Dynes, & Alfred C. Clarke** (eds.) (1969): *Deviance*, Oxford University Press, New York.
- Domhoff, W.** (1967): *Who Rules America?*, N. J. Prentice-Hall, Englewood Cliffs
- Douglas, J.** (ed) (1970a): *Observation of Deviance*, Random House, New York.
- Douglas, J.** (ed) (1970b): *Deviance and Respectability: The Social Construction of Moral Meanings*, Basic Books, New York.
- Fraser, C. G.** (1971): "Black prisoners finding new view of themselves as political prisoners", *New York Times*, Sept. 16.
- Gittlin, T. & Manci H.** (1970): *Uptown: Poor Whites in Chicago*, Harper and Row, ew York
- Gouldner, A.W.** (1968): "The sociologist as partisan: Sociology and the welfare state". *American Sociologist*, 3:2, pp.103-116.
- Henry, J.** (1963): *Culture Against Man*, Random House, New York
- Jackson, G.** (1970): *Soledad Brother*, Bantam Books, New York.
- Lefton, M.; Skipper, J. K & Mc Caghy, C. H.** (eds.) (1968): *Approaches to Deviance*, Appleton-Century-Crofts, New York
- Lemert, E. M.** (1967): *Human Deviance, Social Problems, and Social Control*. Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall.
- Liazos, A.** (1970): *Processing for Unfitness: Socialization of "emotionally disturbed" lower-class boys into the mass society*. Ph. D. dissertation, Brandeis University.
- Lofland, J.** (1969): *Deviance and Identity*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.
- Mc Caghy, C. H.; Skipper, J.K. & Lefton, M.** (eds.) (1968): *In Their Own Behalf: Voices from the Margin*. Appleton-Century-Crofts. New York
- Mc Ginniss, J.** (1969): *The Selling of the President*. [1968], Trident, New York
- Malcolm X.** (1965): *The Autobiography of Malcolm X*, Grove, New York.
- Matza, D.** (1969): *Becoming Deviant*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall
- Mills, C.W.** (1943): "The professional ideology of social pathologists". *American Journal or Sociology*, 49, pp.165-180.
- Newfield, J.** (1971): "Let them eat lead". *New York Times*, June 16, p.45.
- Quinn, O. W.** (1954): "The transmission of radical attitudes among white southerners" *Social Forces*, 33: 1, pp. 41-47 (reimpreso en E. Schuler,

et al., eds. *Readings in Sociology*, 2^a ed., New York: Crowell, 1960, pp. 140-150).

Rose, T. (ed.) (1969): *Violence in America*, Random House, New York.

Rubington, E. & Weinberg, M. S. (eds.) (1968): *Deviance: The Interactionist Perspective*, MacMillan, New York

Rude, G. (1966): *The Crowd in History*, Wiley, New York.

Rushing, W. (ed.) (1969): *Deviant Behavior and Social Processes*, Rand McNally, Chicago.

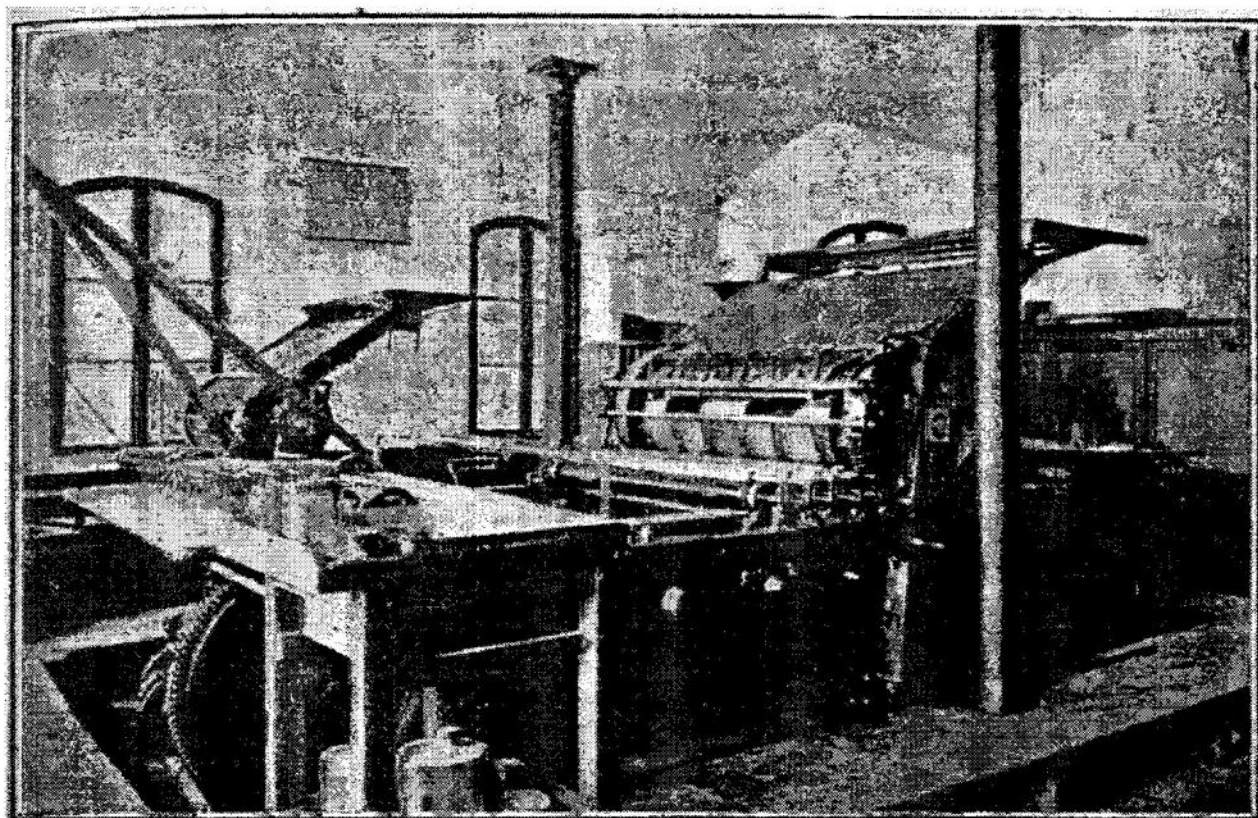
Simmons, J.L. (1969): *Deviants*, Glendessary, Berkeley.

Szasz, T.S. (1961): *The Myth of Mental Illness*, Harper and Row, New York.

Szasz, T. S. (1963): *Law, Liberty and Psychiatry*, Macmillan, New York.

Szasz, T.S. (1970): *The Manufacture of Madness*, Harper and Row, New York.

Thompson, H.S. (1966): *Hell's Angels*, Ballantine, New York



VUE 68 - ATELIER DE LITHOGRAPHIE - SECTION MACHINES